

Opinión



Ricardo Ávila Pinto
ricavi@portafolio.co
Twitter: @ravilapinto

CARTA DEL DIRECTOR

Ese déficit no es bueno

Para la mayoría del público la noticia pasó desapercibida, pero no hay duda de que quienes le toman el pulso a la economía colombiana registraron el informe entregado por el Banco de la República a comienzos de la semana, con respecto al comportamiento de la balanza de pagos en las que se registran las transacciones con el exterior. El parte es clave, porque desde hace rato los expertos sostienen que el país es vulnerable en dos campos: externo y fiscal, pues en ambos existen brechas importantes. Los llamados 'déficit gemelos' hacen que más de uno arrugue el ceño.

Y a decir verdad, en el caso del primero, las nuevas no fueron buenas. De acuerdo con el Emisor, el saldo en rojo de la cuenta corriente -que mide el intercambio de bienes y servicios al igual que el flujo de las rentas entre residentes y el resto del mundo- subió

de manera notoria durante el primer trimestre del 2019, al ubicarse en el equivalente de 4,6 por ciento del Producto Interno Bruto, más de un punto porcentual por encima del guarismo de igual lapso del año pasado. Aunque estrictamente hablando no hay un nivel ideal, lo usual es que una cifra superior al 4 por ciento, encienda las alarmas.

En la presente ocasión, el empeoramiento es atribuible a un bache creciente en la balanza comercial, consecuencia de que las exportaciones se encuentran prácticamente estancadas y las importaciones suben. La falta de dinámica de nuestras ventas a otros mercados es inquietante, particularmente en lo que atañe a productos agrícolas e industriales. Si a lo anterior se le agregan los altibajos en las cotizaciones de petróleo o carbón, salta a la vista una gran fragilidad que nos puede traer varios dolores de cabeza.

Afortunadamente, hay



El aumento en el saldo en rojo de la cuenta corriente de la balanza de pagos es un desafío más para la política económica del Gobierno",

otros renglones que se comportan bien. El parte sería mucho más preocupante de no ser por las remesas de trabajadores que en el 2018 llegaron a un máximo histórico, el cual apunta a ser superado este año. Entre ene-

ro y marzo los ingresos provenientes de los colombianos que viven afuera sumaron 1.520 millones de dólares, un incremento cercano al 10 por ciento.

Adicionalmente, los conocedores del tema insisten en que lo más importante cuando existe un déficit es saber cómo se financia. Dado el complejo clima internacional por cuenta del proteccionismo impulsado por Donald Trump, el alza en las tasas de interés y la salida de capitales de las economías emergentes, el asunto genera todavía más atención. Atrás quedaron las épocas del dinero barato, cuando ciertos desequilibrios eran tolerables.

Al respecto, Colombia puede demostrar que hay menos motivos de preocupación de los que a primera vista surgen. El comportamiento de la inversión extranjera directa -cuyo ascenso fue del 68 por ciento en el primer trimestre- sirvió para enjugar el faltante,

a través de un rubro con vocación de permanencia. Es cierto que eventualmente esos recursos se traducirán en pagos de dividendos más altos si los emprendimientos en cuestión son exitosos, pero son vistos con mejores ojos que un mayor endeudamiento.

Por tal motivo, resulta explicable el entusiasmo del Gobierno al destacar la llegada de capitales foráneos. El alza del petróleo influye en que vengan más recursos para el sector extractivo, si bien esa no es la única razón. Las estadísticas confirman que el país logra atraer sumas importantes para proyectos en múltiples sectores y si esa situación persiste, será más fácil calmar a quienes están preocupados.

Sin embargo, no hay que menospreciar el déficit de la cuenta corriente. Así la devaluación del peso haya influido en el deterioro, el equipo económico no puede ser indiferente a un desbalance que, a la larga, será difícil de sostener. Cerrar la brecha a las buenas tendrá que ser una prioridad. Porque, de lo contrario, los mercados se pueden encargar de hacerlo a las malas.

Juntas directivas y el mito de los expertos

Felipe Gómez*



Las juntas directivas, tan importantes en países desarrollados para impulsar la excelencia empresarial, han asumido, en nuestros contextos latinoamericanos, una actitud pasiva y, en algunos casos, complaciente de la alta gerencia. Esto ha impedido la proliferación de verdaderas empresas virtuosas y nos ha alejado del tan ansiado camino del progreso.

La culpa, sin embargo, no recae, en su totalidad, en las juntas ni en los miembros que las componen. Asuntos sistémicos como los bajos niveles de

compensación, inciden en la actitud pasiva -a veces desinteresada- de los miembros de esas juntas. Otra explicación de ello tiene que ver con el entendimiento mismo que tenemos de ellas: las vemos como juntas de expertos.

Tiene sentido. Necesitamos asesores que nos ayuden a tomar las mejores decisiones. En un mundo empresarial tan competido, conviene tener el conocimiento más especializado para sobresalir. O, por lo menos eso pensamos.

En su libro *Adapt: Why Success Always Starts With Failure*, el reconocido economista y columnista británico Tim Harford, pone en duda la excesiva confianza que hemos puesto en los expertos. Harford cita un estudio adelantado en los años 80 por el psicólogo Philip Tetlock, que, por dos décadas,



Estamos más ciegos de lo que creemos. La mera experticia no es suficiente para resolver los problemas complejos que enfrentamos".

estudió el juicio de los expertos. Tetlock reunió más de 300 expertos y los sometió a una serie de pruebas para determinar qué tan acertadas eran sus predicciones de eventos futuros en el área de la política y la

economía. Los resultados fueron sorprendentes.

Aunque los expertos efectivamente obtuvieron mejores resultados que el grupo de control compuesto por universitarios, su desempeño no fue bueno bajo estándares objetivos, y sucedió algo contraintuitivo: el desempeño entre expertos no varió mucho. Es decir, el experto en Rusia tuvo una predicción sobre Rusia más o menos igual de acertada a la que tuvo el de Canadá.

La conclusión de Harford es sencilla: estamos más ciegos de lo que creemos. La mera experticia no es suficiente para resolver los problemas complejos que enfrentamos. ¿Cómo podemos, entonces, atacarlos? La respuesta puede decepcionarlo. Es tan básica y antigua como la humanidad misma, a través del proceso más huma-

no de todos: la prueba y error.

La lógica es que si los problemas son complejos, imposibles de dimensionar antes de enfrentarlos y, a su vez, tienen una naturaleza cambiante, de nada sirve el mejor plan. Lo que funciona es tener la capacidad de ajustar ese plan a medida que se intenta solucionar una situación. ¿Saben quiénes son muy buenos en ese proceso de probar, evaluar resultados, interpretar, y reajustar? Los emprendedores.

No estoy diciendo que hay que llenar nuestras juntas directivas de emprendedores -aunque creo que sería una apuesta acertada integrar ese tipo de perfiles y perspectivas-. Lo que creo es que hay que cultivar, en nuestras juntas directivas, una actitud de emprendedor. ¿Qué tal si empezamos a ver los planes

estratégicos no como las respuestas correctas, sino como hipótesis flexibles que pueden variar para mejor atacar un problema complejo?

La experticia y la actitud emprendedora no son asuntos excluyentes. Son, de hecho, ideas complementarias. La experticia de los miembros de juntas directivas es un valor agregado indiscutido para las empresas, pero vale la pena entender que no basta para resolver los grandes retos que hoy enfrentan. Conviene sumarle actitud de prueba y error, actitud proactiva. Juntas proactivas, con expertos que cultiven la mentalidad emprendedora, que exijan y aporten a la excelencia de nuestras empresas: ese es el ideal. Por ahora, simplemente, el sueño.

*Conferencista/felipe.gomez@me.com

Portafolio

El Tiempo Casa Editorial
www.portafolio.com

Copyrights © 2019.
EL TIEMPO Casa Editorial S.A.

Prohibida su reproducción total o parcial, así como su traducción a cualquier idioma sin autorización escrita de su titular.

Director
Ricardo Ávila Pinto
ricavi@portafolio.co

Editor adjunto y jefe temático
Edmer Tovar Martínez

Subeditores
César Augusto Giraldo Briceño
Luisa Constanza Gómez Rodríguez
Rubén López Pérez

Subeditora de Opinión
Rosa María Cárdenas Lesmes

ECONOMÍA Y NEGOCIOS
Constanza Gómez
Andrés Cárdenas
Adriana Leal Acosta

Sala de Redacción
Gabriel Flórez
Sebastian Londoño

Alfonso López Suárez
Laura Viviana Lesmes Díaz

Editor Portafolio.co
Pedro Miguel Vargas Nuñez

PERIODISTAS EN COLOMBIA
Medellín: Jorge García
Bucaramanga: Félix Quintero

Oficinas de EL TIEMPO
Cali: José Valencia
Ibagué: Fabio Arenas

Barranquilla: Estewil Quesada
Eje Cafetero: Fernando Umaña

Director Gráfico
Beiman Pinilla

Jefatura de Diseño
Juan Manuel Leal

Concepto Gráfico y Diseño Editorial
Diana Yamile Acosta González

Diseño y Diagramación
Diana Yamile Acosta G.
Edwin Puentes Martínez

Infografía
José Allirio Díaz

Fotografía
Casa Editorial EL TIEMPO

Colaboradores
Felipe Gómez, Camilo Trujillo, Guillermo Valbuena, Jorge Llano y Nicola Stornelli.

Gerente Portafolio
María Cristina Amaya Hoyos
marama@eltiempo.com
Tel.: 2940100 Ext.: 2860.

Jefe Mercadeo
Ibón Andrea Bernal Torres,
ibober@eltiempo.com

Oficina de redacción, administración y ventas
Avenida Calle 26 No. 688-70
Bogotá, Colombia. Tel: 2940100.

Suscripciones
Bogotá: 3538888
Línea Nacional:
01 8000 118080
Medellín: 2507988
Cali: publicidad: 6836000

Servicio al lector
Bogotá: 6687155
Barranquilla: 511077
Ibagué: 610799 -
610790.
Conmutador: 2940100.